

CULTURA Y ELECCIONES

Jorge Cela, s.j.

Hace algunos años un campesino de Río San Juan me comentó: "mi voto es blanco, porque yo siempre he sido del Partido Dominicano". Nunca he logrado descifrar el contenido de este comentario, evidentemente irónico. No hay duda de que él era consciente de la diferencia entre el Partido Dominicano, de Trujillo, y el Partido Revolucionario Dominicano. El comentario, hecho con una sonrisa maliciosa, me condenaba por ignorante. Había muchos presupuestos históricos y culturales que yo no comprendía. Sin ellos era imposible descifrar su ironía. En cada nueva elección me viene este recuerdo. Cuando me cruzo con la gente en la calle me vuelvo a preguntar: ¿por quién votarán? ¿por qué votarán así?

¿Por quién votaremos el 16 de mayo? ¿Qué razones moverán a la distinta gente a dar su voto por un determinado candidato? Entre los muchos elementos que influirán en esta decisión está el factor cultural. Este artículo pretende formular algunas hipótesis sobre la posible incidencia de la cultura en la decisión electoral.

Antes de comenzar este trabajo quiero consignar sus antecedentes. Los trabajos de Julio Cross y José del Castillo reseñados en la bibliografía han influido en su elaboración. El concepto de "cultura política" manejado por el primero es retomado aquí con un enfoque distinto. Hay más continuidad con el enfoque de José del Castillo. Dejo al lector el juicio sobre los elementos nuevos o diferentes que este trabajo pueda aportar.

ALGUNOS PRESUPUESTOS

Las elecciones son un momento importante de nuestro sistema socio-político. En tiempo de elecciones la población define su posición política. Esta supone lo que llamamos cosmovisión, es decir, una manera de percibir cómo funciona el mundo que nos rodea. Contiene también algo de utopía: ese mundo que aún no poseemos pero

se asoma ya en nuestras expectativas y aspiraciones. Estos dos elementos se combinan en la decisión electoral que debe adecuar nuestra utopía a las posibilidades reales que percibimos. Y eso no sólo a nivel de ideas y opiniones, sino concretado en comportamientos electorales (¿por quién voto?) o más ampliamente políticos (que incluyen una amplia gama de participación en actividades previas a la elección misma).

Y en eso se resume la relación entre cultura y elecciones. La participación política es una parte de nuestra cosmovisión, utopía y sistema de comportamientos que llamamos cultura. Esta tiende a ser un sistema coherente que unifica esos tres elementos (cosmovisión, utopía y conducta) de un grupo social para regir sus relaciones con su medio ambiente físico y social. Pero como todo sistema dinámico, procesual, la cultura está impregnada de contradicciones e incoherencias que la marcan como un sistema haciéndose perpetuamente. Se trata de un sistema histórico, en diálogo continuo con su cambiante situación, respondiendo creativamente a las condiciones de vida en las cuales está inserto el grupo, y que cambian continuamente, entre otras razones por la acción transformadora del propio grupo. Por tanto, la cultura sólo se comprende si se la capta en su movimiento, en sus relaciones y en su diversidad.

DOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES

La comunidad cultural se define por un conjunto de relaciones comunes a las que históricamente se les ha ido dando una respuesta común. Por ejemplo, una colectividad situada en un mismo nicho ecológico va creando respuestas a esta situación que constituyen su cosmovisión y pautas de comportamiento comunes y que terminan expresando su identidad y pertenencia. Son muchos los elementos que se van integrando en la constitución de un sistema cultural. En este trabajo nos vamos a fijar en dos que nos parecen fundamentales para establecer la relación cultura-política. Estos son la tecnología y la propiedad.

El grado de desarrollo de la tecnología establece la forma de relación con el mundo y crea una manera de percibirlo y un modelo de comportamiento. Cuando hablamos de nuestro subdesarrollo estamos haciendo referencia a esto, pues significa, en última instancia, atraso tecnológico en la manera de constituir nuestras relaciones con el mundo que se refleja en todos los ámbitos de la vida. Por poner algunos ejemplos: la tecnología cambia el significado del agua de don de Dios a producto de la ingeniería y la planificación; el avance tecnológico acelera el tiempo y lo convierte en oro (unos minutos perdidos pueden significar una baja notable en la producción, un negocio que se escapa o un cambio fatal en la bolsa de valores).

Como un símbolo, el paso rápido del empleado urbano contrasta con el caminar pausado del campesino.

La incidencia de la tecnología en la cultura se expresa en el paso de una cultura tradicional a una cultura moderna. Contrariamente a lo que algunos postulan, este paso no es una función del nivel educativo, sino del avance tecnológico. La introducción de nuevas tecnologías transforma los estilos de vida. Por ejemplo, la revolución industrial transformó las relaciones de las personas entre sí y con la naturaleza. El mundo comenzó a verse de manera diferente y se transformó toda la forma de organizar la vida humana. En las zonas donde esta revolución industrial aún no ha penetrado se conserva lo que se ha llamado la cultura tradicional. En los años 50 esto fue tema predilecto de las ciencias sociales. Desde el continuo rural-urbano de Robert Redfield hasta los estudios sobre el proceso de modernización de Gino Germani. Ciertas teorías del desarrollo invirtieron los términos culpando de nuestro subdesarrollo a nuestra cultura tradicional y centrando los planes para el desarrollo en la educación para la modernidad. No nos vamos a detener a discutir todo lo que se ha escrito sobre los procesos de modernización. Simplemente nos interesa constatar que hay un proceso de transformación cultural marcado por la tecnología que llamamos el paso de la cultura tradicional a la moderna y que en nuestra realidad se da ligado a la penetración de las relaciones capitalistas de producción.

Entre los elementos considerados típicos de la cultura tradicional tenemos las relaciones autoritarias verticales que conforman un tipo de machismo, de caudillismo y de compadrazgo desigual; una cosmovisión mítica donde las fuerzas de la naturaleza aún se perciben rodeadas del misterio de lo sobrenatural, sobre el que la acción del hombre se limita al ámbito de lo mágico-religioso; la primacía de las relaciones primarias sobre las relaciones funcionales en las que prima el don sobre el derecho, la cercanía personal sobre la eficacia, la afectividad sobre las ideas; la exaltación de ciertos valores como el respeto y la fidelidad.

En República Dominicana este tipo de cultura sobrevive y convive con la cultura moderna en los grupos de la población donde menos ha penetrado la nueva tecnología. De esta forma se puede hacer una relación entre cultura y acceso a la tecnología moderna. En las zonas donde el motor sustituye al caballo, el tractor al arado de mano, el televisor a la noche de cuentos y la producción para la exportación a la agricultura de subsistencia, se opera una transformación de la cosmovisión, de las pautas de comportamiento, de los valores y hasta de las aspiraciones. Ahora bien, no hay un solo dominicano que no esté afectado por esta influencia de la modernidad. La diferencia está en la intensidad y la forma de integración.

Por ejemplo, es diferente la intensidad del impacto en el campesino de una zona apartada de la sierra, que en el habitante de un barrio de la ciudad. En la misma zona urbana habrá diferencia entre el obrero que cada día se trasladada en transporte público a trabajar en una moderna fábrica y su mujer, que pasa el día cargando latas de agua, cocinando en un anafe y sin tiempo para aprender a leer. Como es diferente en el abuelo que ha perdido flexibilidad de adaptación y sufre los cambios a su alrededor sin comprenderlos ni poder integrarse plenamente, y su nieto, que crece aprendiendo en la calle, la escuela y la televisión la nueva cultura.

El sexo (en nuestra sociedad machista), la edad y la educación influyen en la capacidad de inculturarse en la modernidad. Pero no se trata sólo de intensidad de integración. Influye también la forma de integración a la nueva tecnología. Nos podemos incorporar a ella como productores o como meros consumidores, con pleno control o de manera marginal y subordinada. Cuando el mundo tecnológico moderno nos incorpora desde nuestro trabajo su impacto es mucho más fuerte que cuando entramos a él como meros observadores o consumidores. No es lo mismo trabajar en una oficina organizada en base a computadoras que recibir las facturas elaboradas por una computadora. No es lo mismo comprar alimentos semipreparados que sustituir el anafe por un horno microondas. Uno de los problemas del país es que somos más intensamente consumidores de modernidad importada que productores con nueva tecnología, y mucho menos productores de nueva tecnología.

El otro factor importante es el control de la tecnología. Y esto en dos niveles: en cuanto capacidad técnica y en cuanto acceso a ella. Puedo vivir rodeado de tecnología que ni comprendo ni sé manejar. Soy dominado y manipulado por ella. Se aumenta mi nivel de inseguridad y dependencia. O, por el contrario, puedo sentir el vértigo de poder al dominar la tecnología que está en mis manos. Es la nueva tentación de despotismo ilustrado y autosuficiencia de cierta pequeña burguesía tecnocrática.

Pero el control no se adquiere sólo por el dominio técnico. La tecnología es cara. Requiere una considerable inversión de capital. No todo el mundo puede adquirir una computadora. Sólo aquellos que tienen capital disponible pueden tener acceso a ella. En nuestra realidad el acceso a la modernidad es también un problema de clases.

Todo el impacto cultural que ejerce el contacto con la tecnología repercute también en la visión y actitudes políticas que tienden a ser coherentes con el conjunto de la cosmovisión y normas de conducta. La llamada cultura política que abarca las "actitudes hacia el sistema político y sus varias partes y actitudes hacia el papel de

uno mismo en el sistema" es una parte de todo el sistema cultural en el que estamos incorporados. Los miembros de la cultura tradicional tenderán a elegir sus candidatos desde los parámetros fundamentales de su cultura: un énfasis en la persona sobre el partido; una figura de caudillo con autoridad cuya imagen inspire respeto y confianza. Muchas veces dará su voto guiado por el deber que imponen unas relaciones personales desiguales que suscitan agradecimiento y dependencia. Las elecciones mismas se verán como un juego en el que uno apuesta para ganar.

Nelson Moreno Ceballos ha insistido en esta relación entre la cultura tradicional y el caudillismo. Considera que "el caudillismo fue la forma que adoptó el poder político en las sociedades precapitalistas... La única forma de estabilizarse el poder entonces era, justamente, a través de una integración personal, carismática y absolutista como la que producía un caudillo... Esta forma de dominio caudillista se hacía posible también, por...la existencia de una cultura de naturaleza clientelar, machista y heroica, tanto en los sectores dominantes como en los sectores oprimidos que eran, sobre todo, campesinos" (Pág. 80-81).

Julio Cross estudia la forma de manejar políticamente esta adhesión al caudillo a través de un uso personalista del poder y los recursos del Estado. Para ello cita a Max Weber: "la misma administración política es considerada como una cuestión puramente personal del soberano y la posesión y ejercicio de su poder político son estipulados como una parte integrante de su poder personal" (Weber p. 774). También hace ver que los recursos del Estado no son exclusivamente monetarios. Pueden ser puestos en la administración pública, tráfico de influencias, legislación, subsidios, contratos, acceso al crédito, etc. (Cross p. 50).

Las personas de la cultura moderna tenderán a un mayor sentido de pertenencia al partido y a su programa e ideología que a un seguimiento personal del caudillo; valorarán el sentido democrático de participación y tenderán a votar más por figuras capacitadas que por personajes de autoridad. No buscarán tanto el orden como el progreso. Verán las elecciones más como una inversión que como una apuesta. El azar queda racionalizado en la planificación.

Por supuesto, se trata de tendencias modificables por factores a veces imprevisibles y con diferentes grados de intensidad. Por ejemplo un proceso de modernización incipiente no salta de la figura de autoridad a la búsqueda de capacidad técnica. Generalmente pasa por la figura "popular" que representa la concepción populista de la democratización. Pero lo importante es que este factor cultural tiene una fuerte incidencia en las actitudes electorales.

Muchos políticos son bien conscientes de esta faceta. Balaguer

ha afirmado repetidas veces que gana con el voto campesino y de la mujer, los sectores considerados como más tradicionales, y su campaña ha estado siempre dirigida a garantizar este voto. En campañas pasadas se presentó como símbolo de la paz y el orden frente al recuerdo del caos de la guerra del 65. Actualmente la campaña centrada en Don Chencho lleva el mismo camino.

Sin embargo, cada vez más esta cultura tradicional disminuye y se va reduciendo a la población de más edad. La rápida urbanización de nuestra población; la promoción de la mujer, que se ha incorporado a la producción y la educación masivamente en los últimos años; la entrada de nueva tecnología y de relaciones capitalistas de producción en el campo, son factores que han provocado un rápido cambio cultural. Algunos miembros del Partido Reformista han tratado de hacer frente a este proceso haciendo un esfuerzo por "modernizar" la imagen del partido y por captar el voto joven. Sin embargo, esto es fuente de rupturas al interior del Partido. Recordemos que los últimos años del gobierno de Balaguer estuvieron marcados por las disenciones a partir de una apertura de su modelo de gobierno a los sectores más modernos (propugnadores de las leyes agrarias, la apertura democrática y el apoyo a la modernización reclamada por el sector más dinámico del empresariado).

En su relación con la Iglesia los partidos tradicionales tenderán a buscar su apoyo conscientes de que en la cultura tradicional el ámbito religioso y el mundano están íntimamente ligados. De ahí su empeño de llevar el apellido de cristianos y de aparecer como benefactores de la Iglesia. El proceso de modernización, por el contrario, implica la secularización, la clara separación de los campos religioso y político, y reclama la autonomía frente a la Iglesia. Los conflictos que esto puede causar son moderados por la conciencia de la debilidad de nuestro proceso de modernización (más a nivel de consumo que de producción) pero llevan a un cambio de actitud frente a la Iglesia.

Si bien es verdad que el proceso de modernización ha cambiado las actitudes políticas de grandes sectores de la población, también lo es que la actual crisis económica ha reforzado la visión más tradicional, que revaloriza míticamente el pasado (aquellos tiempos que fueron mejores) y añora la autoridad de mano fuerte frente al "caos de la democratización". Los sectores menos incorporados al proceso de modernización pueden, en una situación de crisis, experimentar un retroceso en sus posiciones. Es el caso de los sectores que son denominados como "marginados" o de cierta pequeña burguesía atrasada.

El PRD se presenta con la imagen de la modernización. Es, significativamente, el "gobierno del cambio". Ha desarrollado su

imagen de partido policlasista donde "ganamos todos" haciendo énfasis en el desarrollo o progreso. No insiste en la relación de agradecimiento a cambio de dones personales, sino en las oportunidades personales de ascenso social. Recaba su militancia con las expectativas de un empleo o cargo. Es capaz de crear un sentido de pertenencia al Partido y, aunque la lucha de tendencias tenga visos caudillescos, no se puede entender únicamente en esta perspectiva. Muchas veces la pertenencia a una tendencia está más ligada al aparato del partido y a cálculos de oportunidades personales que a la adhesión a una persona. Hay una mayor valoración de la democracia y los "derechos de militancia", aún concebidos como una democratización de las oportunidades individuales. La participación y libertad se valoran sobre el orden y la autoridad. Estos factores hacen más comprensibles algunos comportamientos de su militancia. Como modelo de gobierno tiende a ser populista. El ámbito secular se considera autónomo del religioso y se tiende a hacer sentir esta independencia a las autoridades eclesiásticas, sin que ello suponga necesariamente ruptura. La actitud de la Secretaría de Educación con la ley orgánica de Educación y con otras medidas que afectan la educación católica, la disensión pública del Presidente de las opiniones expresadas por los Obispos con relación a los haitianos y el corte de la caña y la actitud de Peña Gómez en su relación con la Iglesia son algunos de los muchos indicios de esta actitud. La modernidad es decididamente secular.

Sin embargo, el carácter populista del PRD indica que no representa más que un momento de transición a la modernidad. El verdadero espíritu moderno descubre su debilidad ideológica, la falta de control de su militancia, su sustitución de la participación competitiva propia del liberalismo moderno por el arribismo y la corrupción administrativa incontrolable, que lo han llevado a su ineficacia gobernante. La crisis económica le ha alejado cierto sector empresarial y pequeño burgués descontento con su ineficiencia y populismo y parte de los sectores llamados marginados por su incapacidad de responder, siquiera mínimamente, a sus demandas. Pero la misma crisis aumenta su capacidad de adquisición de clientela política en busca de la sobrevivencia.

El PLD, por su organización y seriedad ideológica, resulta más atractivo para algunos grupos más incorporados a la modernidad: profesionales sin grandes intereses económicos, estudiantes, obreros más estables y especializados. Sin embargo, su tendencia hacia el socialismo asusta a los sectores empresariales, por más modernos que sean, y a los sectores más tradicionales. Su dificultad estriba en que supone una mentalidad moderna que no es aún factor común de la mayoría de los dominicanos. Pero es la mentalidad más generalizada entre lo que Juan Bosch llama "pequeña burguesía", que es

la base de sustentación de su partido y a la que dirige su acción política como "vanguardia del pueblo" y sujeto político por excelencia, según su análisis, de nuestra historia.

Si fuéramos a situar en un cuadro la sintonía entre militancia política y cultura tendríamos que situar la correlación de la siguiente forma:

CUADRO 1 Correlación Cultura-Militancia Política

CULTURA	Tradicional	→	Moderna
POLITICA	PRSC	PRD	PLD

Más adelante en este artículo trataremos de confrontar esta hipótesis con los datos electorales de República Dominicana. Nos limitamos a estos tres partidos porque son los únicos numéricamente significativos en el momento presente.

CLASE, CULTURA Y PROYECTO POLITICO

El segundo elemento que vamos a considerar lo constituye la clase social. Es indudable que la composición de clase tiende a constituir una subcultura en cualquier definición de clase social que adoptemos. La posición que se ocupa en la estructura social, el acceso a los recursos, el status y el poder real de decisión definen una manera de ver la vida, unos valores e intereses y un tipo de conducta comunes a un sector de la población. Cuando entramos al campo del poder político los intereses de clase aumentan su fuerza. Es obvio que dos clases sociales distintas y aun opuestas pueden apoyar el mismo partido. Pero no lo apoyarán por las mismas razones. Más aún, la posición objetiva que se ocupa en la estructura social no siempre va acompañada de la apreciación subjetiva de sus intereses. La clase social no siempre significa conciencia de clase. Por eso la consideración de la influencia de la clase social en la toma de posición política tiene que tener en cuenta los mecanismos que distorsionan la toma de conciencia: *mecanismos económicos que crean intereses inmediatistas, mecanismos ideológicos que manipulan a través de la propaganda o la ideología, mecanismos políticos que ejercen presión de diversas maneras.* No es necesario insistir en la íntima correlación entre estos diferentes elementos.

Estos intereses de clase sitúan la posición política en dos polos fundamentales: los que aspiran a una transformación radical de sus condiciones de vida a un mantenimiento de la estructura social actual. No hay que confundir estas posiciones necesariamente con la

idea de izquierda y derecha. Recordemos que la burguesía une sus fuerzas con los sectores populares para la transformación de un sistema tradicional precapitalista. El derrocamiento de Trujillo e incluso las elecciones de 1978 son ejemplos de esto.

Lo que llamamos transformación radical puede ser percibido de diferentes maneras: como una mayor apertura de oportunidades (relacionado con los procesos de democratización de la modernidad), o como una "ayuda" que cambie sustancialmente las condiciones de sobrevivencia (relacionado con los proyectos asistencialistas), como un control de los abusos (relacionado con los regímenes de mano dura), como una ayuda internacional (relacionado con los proyectos internacionalistas de izquierda o derecha), o como una radical transformación de las formas de la distribución de la riqueza (relacionado, por ejemplo, con un proyecto socialista). Estos cinco proyectos políticos pueden ser vistos desde la perspectiva del cambio o la conservación del sistema y apelan a grupos culturales diferentes.

El primer proyecto, la apertura de oportunidades, es un proyecto "modernizante". Los procesos de modernización tienden a producir procesos de democratización bajo el lema de "igualdad de oportunidades". La ideología liberal plantea una sociedad donde todos tengan acceso a las mejores posiciones y las alcancen, en libre competencia, los mejor calificados. En un primer momento el reclamo se limita a la apertura del número de oportunidades (derecho a la educación, al empleo, al voto, etc.). Sólo en un segundo momento se cae en cuenta que esa igualdad de oportunidades está viciada. Por ejemplo: todos tienen acceso a la educación, pero un acceso cualificado: unos pueden asistir a centros privados, tener libros y materiales educativos, una época prolongada de la vida dedicada exclusivamente al estudio, y condiciones ambientales que lo favorecen. Otros carecen de estos elementos y entran en desventaja en la competencia de oportunidades.

La mayoría de nuestra población está aún en el primer momento: el reclamo del número de oportunidades. Reclaman, por ejemplo, aumento del número de plazas escolares, pero no tanto aumento de la calidad de la educación.

Los partidos que asumen este proyecto de apertura de oportunidades encuentran una acogida inicial en la población desposeída y con cierta conciencia democrática. El esfuerzo por satisfacer esta demanda numérica contiene el reclamo popular por un tiempo. Es lo que llamamos el populismo. Pero es un arma de doble filo. Porque satisfecho el estadio inicial se descubre la importancia del segundo paso: no basta la igualdad numérica de oportunidades, se quiere también la igualdad cualitativa de oportunidades: mejores servicios. Esto exige una mayor inversión de recursos del Estado en hacer real la

igualdad de oportunidades. Las clases dominantes se sienten afectadas por el aumento de impuestos, y la creciente amenaza de competencia y reclamos. El límite de los regímenes populistas está en su flexibilidad para combinar estos dos polos. La teoría liberal sostiene que la libre competencia genera desarrollo y éste la posibilidad de ir mejorando la satisfacción de las demandas populares. Pero no cuenta con la realidad del subdesarrollo dependiente, que aumenta más rápidamente su demanda de servicios modernos que su capacidad de producir modernamente.

Los momentos de crisis del modelo aumentan la insatisfacción popular. Ni siquiera la demanda numérica puede ser satisfecha. El modelo populista empieza entonces a hacer crisis.

En la cultura tradicional los cambios son más lentos. La productividad es menor. La acumulación se hace más difícil para el que no tiene un capital inicial. Por tanto, la apertura hacia el futuro no se percibe como acceso a la competencia. Se capta la posibilidad de cambio como la aparición de un elemento nuevo, inesperado. Esta novedad puede esperarse como un golpe de suerte (la lotería como esperanza del pobre), o de gracia (el milagro que me saque del apuro) o como un don: un regalo, una ayuda, un enllave que me permita situarme a otro nivel en la escala social. Si el futuro se abre por el don, el voto tenderá a confiarse a quien da, con la esperanza de ser uno de los agraciados en el reparto. No se aspira a la igualdad de oportunidades, sino a ser ayudado.

Los sectores más tradicionales tienden a situarse políticamente desde esta perspectiva: la mujer, que se ve con menos oportunidades de salir a buscársela; el campesino, que lo que necesita es un pedazo de tierra; el desempleado, que necesita casa propia que sea punto comercial o un triciclo propio; la población de más edad, a la que la vida enseñó que ese es el único camino del pobre. La crisis económica actual, que ha reducido alarmantemente las posibilidades de sobrevivencia de los pobres, puede marcar un retroceso en personas que ya han entrado hasta cierto punto en la modernidad. Pero en general la historia va en otra dirección. Los sectores más tradicionales de la clase dominante (terratenientes, algunos comerciantes) conciben la viabilidad de su proyecto a través de un asistencialismo que contenga las demandas populares.

Las posiciones más extremas acentúan que no basta con el don. La autoridad como principio regulador supremo que mantenga el orden aparece como la norma suprema de gobierno. La irrupción de los sectores populares en la vida política se entiende como un caos donde el orden sólo puede imponerse por la autoridad férrea. La experiencia de los abriles vividos les confirma en esta posición. Es la posición de los que se sienten amenazados de perder su pequeña o

gran propiedad en el torrente de un proceso social que se les ha ido de las manos. Este tercer proyecto político no es más que la radicalización del segundo. Si las aguas volvieran a su nivel quizá entrarían en un proyecto de tipo asistencial.

Así como el tercer proyecto es una radicalización del segundo, el cuarto lo es del primero. Este proyecto percibe que la aspiración al bienestar está en relación al aceleramiento del proceso de modernización. Para ellos los préstamos, la inversión extranjera e incluso la portorricanización del país, representan el camino acelerado al progreso. En la encuesta realizada por Julio Cross el 51.1% opinaba que República Dominicana debía imitar el sistema político de Puerto Rico (pág. 76). La crisis actual ha fortalecido la aspiración a emigrar a "los países". Todo esto lleva a una individualización del futuro. Se pierden las esperanzas por el futuro nacional y se busca una salida individual que sólo se encuentra fuera del país. Y cuando la apuesta personal está fuera, disminuye la capacidad de compromiso con el proceso histórico nacional. Es una actitud desmovilizadora que tiende a ver la política no como un juego de intereses nacionales, colectivos, sino de oportunidades individuales. La actitud de clientelismo político aumenta, importando menos el proyecto al que se adscribe. Se busca sacar ventaja personal inmediata para aumentar las posibilidades del viaje al exterior. Caen las resistencias a la penetración extranjera, que empieza a ser aceptada en la práctica como único modelo viable.

El quinto modelo es la contrapartida del segundo. Ambos parten de la apreciación de que el problema fundamental del país es el de las clases sociales. El segundo modelo planteaba que la solución estaba en un aumento del asistencialismo. Desde la perspectiva del poder es ésta la única manera de contener las masas populares sin caer en la represión. Por eso lo formulan tanto como un proyecto político del sector público (un Estado asistencialista) como desde la perspectiva de un proyecto privado, de ahí la convocatoria a colaborar en el mejoramiento de los servicios públicos (por ejemplo, la colecta para los hospitales) o en el desarrollo privado de servicios asistenciales. Este quinto modelo también percibe este problema como central, pero plantea la solución desde una redistribución de la riqueza a través de un proyecto socialista.

Con frecuencia uno escucha a nivel popular esta frase: "ya lo hemos probado todo y no funciona; sólo nos falta el socialismo". La frase misma refleja un recorrido histórico. Se han superado los planteamientos tradicionales y de transición. No se trata aún de la formulación de un proyecto de socialismo marxista. Es sólo la comprensión de que el proyecto de democratización tiene que ser más profundo que lo que fue su formulación inicial. Se busca una alternativa realmente nueva. Este proyecto está en búsqueda de una

alternativa y de su concreción partidaria. Así se explica el crecimiento del PLD sobre todo en base a una población urbana obrera, estudiantil y pequeño burguesa técnico-profesional. Se va arraigando allí donde halla una población incorporada a la modernidad sin grandes posesiones a defender. Sin embargo le cuesta captar los sectores más tradicionales o más instalados. Su proyecto amenaza la seguridad del poder constituido sea éste económico, político o cultural.

En resumen podemos afirmar que dada la estructura social dominicana un proyecto populista resulta el más atractivo para la gran mayoría de los sectores populares en transición a la modernidad y para el sector dominante más moderno. Pero la crisis económica que afecta las estructuras sociopolíticas y culturales ha acelerado la crisis de este modelo inseguridad en los sectores más tradicionales, que los hace volver a los viejos modelos, y radicalización en los sectores más modernos, que acelera su búsqueda de nuevas alternativas. La misma crisis acelera el proceso de descomposición de los sectores que quedan dentro del modelo acentuando el individualismo, el arribismo y la anomía.

Hasta aquí nuestra hipótesis. Vamos ahora a dar un paso en su sustentación. La vamos a confrontar con el comportamiento electoral hasta el presente.

LA SITUACION DOMINICANA

El proceso social dominicano ha sido marcado por un aceleramiento del proceso de urbanización y modernización. José del Castillo lo ha descrito así: "De una sociedad con pronunciados rasgos tradicionalistas, predominantemente rural, marcada por el unipartidismo y el monolitismo ideológico, hemos ido pasando a una sociedad más secular, agujoneada por los valores de la modernidad, afectada por una rápida y macrocefálica urbanización, signada por un hiperpluripartidismo y una policromía ideológica" (1981, pág. 133).

Algunos indicadores nos pueden mostrar la profundidad de este cambio. En 1920 la ciudad de Santo Domingo tenía 30,943 habitantes y sólo otras dos ciudades del país pasaban de los 10,000: Santiago (17,152) y San Pedro de Macoris (13,802). En 1981 el barrio de Gualey tenía casi tantos habitantes como la capital entera 60 años antes. De 1950 a 1981 la población urbana ha pasado del 23.8% al 52.0%. En ese mismo tiempo la ciudad de Santo Domingo pasó de tener 181,553 habitantes (8.5% del total nacional) a 1,313,172 (23.5%), con una tasa de crecimiento anual más del doble que el resto del país. En cuanto a su ocupación, en 1950 la población urbana económicamente activa (PEA) empleada en agricultura, ganadería y afines era el 56.52%. En 1980 sólo llegaba al 7.2%. Sin embargo, el gran crecimiento no fue hacia el sector primario, sino hacia el sector

terciario de servicios y comercio. En 1980 la población económicamente activa empleada por el sector moderno y el gobierno representaba el 61.4% del total en la Capital. En 1960 la PEA urbana era analfabeta en un 19.3% y sólo 7.7% había completado 10 o más años de estudio. En 1980 sólo 12.1% eran analfabetos y 33.6% habían completado 10 o más años de estudio.

Entre 1960 y 1970 los alumnos de primaria aumentaron de 496,913 a 726,306 (146.16%). En 1981 eran ya 1,149,805. Los alumnos de enseñanza media pasaron de 31,216 en 1960 a 112,286 (359.71%) en 1970 y llegaron a 267,181 en 1980 (855.9% de los de 1960). En 1965 la UASD y la UCMH eran las únicas universidades con 6,606 y 357 estudiantes respectivamente. Hoy sólo la UASD tiene 10 veces más estudiantes y se ha multiplicado el número de universidades.

En 1962 se consumieron 324,495 Kwh de electricidad en el país de los cuales 103.2 fueron de consumo industrial. En 1982 el consumo aumentó a 2,670,600 Kwh (823%), de los cuales 1,292,600 Kwh fueron de consumo industrial; un aumento de 1252.5% en 20 años.

En 1963 entraron al país 104,568 personas, de las cuales 43,949 eran turistas. En 1982 el número de viajeros que llegaron se elevó a 822,736 (786.8%), de los cuales eran turistas 613,642, para un aumento del turismo de 1396.25% en 20 años.

El desarrollo industrial también reflejó el proceso de modernización y su influencia en la estructura de clases. Mientras el número de establecimientos industriales disminuyó a casi la mitad (concentración del capital), el capital invertido aumentó cuatro veces, el número de obreros se duplicó y el valor de las ventas se multiplicó por 16. Es decir, una mayor inversión en tecnología permitió una mayor productividad aumentando las ventas mucho más que la mano de obra empleada, provocando una menor distribución de la riqueza producida. El Cuadro 2 nos muestra esto claramente.

En 1970 había 47,000 teléfonos instalados. En 1981 había 165,324 desde los que se sostuvieron 493,053 llamadas internacionales.

Todos estos datos nos muestran la expansión de un sector moderno capitalista que cada vez abarca más personas, concentra más los capitales, aumenta su productividad gracias al acceso a la tecnología, aumenta sus conocimientos científicos y entra en comunicación con otros grupos, ideologías y culturas. En este sentido la TV, con la fuerza de su impacto visual, se ha convertido en el medio de comunicación por excelencia. Ya en la década del 70 se calculaba un televisor por cada 40 personas.

Este rápido proceso de modernización no ha seguido el mismo ritmo en todas las zonas y clases sociales. La Capital y Santiago

CUADRO 2
Desarrollo Industrial 1955-1979

Año	Establecimientos	Capital invertido miles RD\$	Capital por empresa	Empleados y obreros	Asalariados por empresa	Ventas millones RD\$	Ventas por empresa
1955	2,915	201,500	69,125	71,004	24.36	165.0	56,602
1979	1,610	995,765	618,487	144,545	89.78	2,657.7	1,650,745

Fuente: ONE; República Dominicana en Cifras, 1983.

van a un ritmo más acelerado, seguidas de las otras grandes ciudades. Incluso en las zonas rurales hay diferencias notables entre aquellas donde ha penetrado la agricultura capitalista con tecnología avanzada, sentido de inversión y productividad, introducción en los mercados internacionales y proletarianización de la mano de obra, y las zonas donde se conservan formas agrícolas tradicionales. Por ejemplo, las provincias Duarte y Espaillat son las que más alto porcentaje de tierras en aparcería conservan. La misma composición de la propiedad de la tierra ha sufrido cambios notables en los últimos años, como muestra el Cuadro 3 en la siguiente página.

El Cuadro 3 nos muestra la tendencia en el sureste al fortalecimiento de la gran propiedad y el rápido deterioro del minifundio. En el suroeste hay un crecimiento en extensión pero no en número de la mediana propiedad y un alarmante deterioro de la explotación minifundista, que reduce en 10 tareas su superficie promedio. En el Cibao hay una disminución de un millón de tareas como área agrícola de la región, un deterioro de la estructura minifundista y aumento del número y extensión de la mediana propiedad. El fortalecimiento de la mediana propiedad es un indicador del crecimiento de la empresa agrícola capitalista a costa de la gran propiedad tradicional, que ha disminuido su superficie (sobre todo en el Cibao: 1,595,514 tareas) y un debilitamiento del campesinado tradicional cuya finca promedio continúa disminuyendo en tamaño, situándolo en la marginalidad rural y empujándolo hacia la emigración a la ciudad.

El Cuadro 4 presenta la distribución porcentual de fincas y tierras por zonas en 1981.

La zona del sureste es la de la gran propiedad. Las zonas del Cibao y el suroeste son las de la mediana propiedad. La zona del Valle de San Juan es la de mayor concentración de pequeñas propiedades. Si además dividimos las zonas por tipos de cultivo nos encontramos con el Cuadro 5.

En el Cuadro 6 podemos fijarnos en el comportamiento electoral de cada zona en las elecciones de 1982.

Las zonas fuertes del PRD (Valdesia, Yuna, Enriquillo) coinciden con las zonas azucareras, de concentración industrial y de grandes extensiones agrícolas, donde la agricultura tradicional es marginalizada. Las zonas más fuertes del Reformista coinciden con los cultivos más tradicionales, de menor concentración urbana e industrial (recordemos que en la zona urbana de Santiago ganó el PRD) de menos latifundio y más mediana y pequeña propiedad rural. Las zonas de más influencia del PLD (Yuna, Cibao Central, Valdesia y en cierta medida Enriquillo) coinciden con las zonas más urbanas e industriales y azucareras, es decir, de mayor concentración de pequeña burguesía y proletariado industrial.

CUADRO 3

Propiedad de la Tierra Agrícola por Regiones

Región	Año	Explot. de Menos de 80 Tareas			Explot. de 80 a 3,199 Tareas			Explot. de 3,200 Tareas o más		
		Explotaciones ^{1/}	Superficie ^{1/}	Promedio	Explotaciones ^{1/}	Superficie ^{1/}	Promedio	Explotaciones ^{1/}	Superficie ^{1/}	Promedio
CIBAO	1971	124.5	2,859	22.95	33.9	10,881.9	320.6	630	6,450.3	10,238
	1981	164.3	2,725	16.58	37.1	11,484.6	309.5	484	4,854.8	10,030
SUROESTE	1971	46.7	1,309	28.00	12.7	3,078.4	241.6	97	1,017.0	10,485
	1981	68.1	1,237	18.17	10.4	3,256.2	311.3	103	1,070.8	10,396
SURESTE	1971	63.6	1,425	22.42	21.8	7,290.5	333.2	595	9,196.2	15,455
	1981	82.1	1,222	14.88	21.7	7,445.4	343.0	544	9,261.5	17,024

^{1/} En miles

Fuente: ONE, República Dominicana en Cifras, 1983.

CUADRO 4
Distribución Porcentual de Fincas y Tierras por Zonas - 1981

Zona	Menos de 80 Tareas		De 80 a 3,199 Tareas		Más de 3,200 Tareas	
	Fincas	Superficie	Fincas	Superficie	Fincas	Superficie
CIBAO CENTRAL (Santiago, La Vega, Puerto Plata, Españat)	82.20%	13.05%	15.57%	57.72%	0.23%	28.23%
CIBAO ORIENTAL (Sánchez Ra- mírez, Salcedo, Ma. T. Sánchez, Duarte, Samaná)	80.62%	16.83%	19.11%	59.60%	0.27%	23.57%
CIBAO OCCIDENTAL (Valverde, Mte. Cristi, Dajabón, Stgo. Rdguez).	80.20%	13.48%	19.59%	66.08%	0.21%	20.44%
ENRIQUILLO (Barahona, Baoruco, Independencia, Pedernales)	83.76%	12.80%	15.02%	56.49%	0.22%	30.71%
DEL VALLE (Azua, S. Juan, Eliás Piña)	87.90%	28.80%	17.01%	59.92%	0.09%	11.28%
VALDESIA (D.N., San Cristóbal, Peravia)	79.68%	10.01%	19.94%	47.74%	0.38%	42.25%
YUNA (S.P. Macorís, El Seibo, La Romana, Al- tagracia)	72.44%	4.25%	21.85%	36.51%	0.71%	59.24%

Fuente: ONE, República Dominicana en Cifras, 1983.

CUADRO 5

Tipos de Cultivo por Regiones

CIBAO OCCIDENTAL

Arroz
Maní

CIBAO CENTRAL

Café
Arroz
Tabaco
Zona industrial y
turística

CIBAO ORIENTAL

Café
Arroz
Ganado

ENRIQUILLO

Azúcar

DEL VALLE

Café
Arroz
Ganado

VALDESIA

Azúcar
Zona industrial y
turística

YUNA

Azúcar
Ganado
Zona industrial y
turística

Fuente: ONE, República Dominicana en Cifras

CUADRO 6

Comportamiento Electoral por Regiones (1982)

CIBAO OCCIDENTAL		CIBAO CENTRAL		CIBAO ORIENTAL	
PRD:	<u>47.24</u> %	PRD:	39.11 %	PRD:	<u>46.37</u> %
PR:	<u>43.10</u> %	PR:	<u>42.44</u> %	PRD:	<u>43.58</u> %
PLD:	5.54 %	PLD:	<u>12.71</u> %	PLD:	5.06 %
OTROS:	4.12 %	OTROS:	<u>5.73</u> %	OTROS:	4.98 %

ENRIQUILLO		DEL VALLE		VALDESIA		YUNA	
PRD:	<u>50.74</u> %	PRD:	43.20 %	PRD:	<u>51.08</u> %	PRD:	<u>51.05</u> %
PR:	<u>37.32</u> %	PR:	<u>47.68</u> %	PR:	<u>33.52</u> %	PR:	<u>30.14</u> %
PLD:	7.14 %	PLD:	<u>3.75</u> %	PLD:	<u>10.94</u> %	PLD:	<u>14.73</u> %
OTROS:	4.81 %	OTROS:	5.36 %	OTROS:	<u>4.45</u> %	OTROS:	<u>4.08</u> %

Fuente: ONE, República Dominicana en Cifras, 1983.

Si analizamos al interior de cada zona este comportamiento se ve aún más claro. Por ejemplo, tomemos la zona del Cibao Central. Allí el Partido Reformista ganó con el 42.44% de los votos. La provincia de Santiago es la de mayor concentración urbana de la región (57.42%), por la presencia de la ciudad de Santiago, que en los últimos años ha experimentado un rápido proceso de crecimiento económico. En el municipio de Santiago el Partido Reformista sólo sacó el 34.56% de los votos. En este municipio el PLD obtuvo el 20.51%, la mitad de sus votos en toda la región, cuando sólo representaba la cuarta parte de los votantes. En Moca, de larga tradición política y de capitalismo agrario, el reformista sólo logró 36.96% mientras que en Gaspar Hernández, su municipio vecino, alcanzó el 58.37%.

En el Cibao Oriental la provincia Duarte es la de mayor concentración urbana por la presencia de la ciudad de San Francisco de Macorís (36.23% de la población de la Provincia). En el municipio de San Francisco el reformista sólo obtuvo el 36.23% de los votos, frente al 43.58% en la región. El PLD y otros partidos lograron el 18.53% de los votos de este municipio cuando sólo representan el 9.96% de los votos de la región.

En la región de Enriquillo el PLD obtuvo 7.14% de los votos. Pero sólo en el municipio de Barahona, que representa menos de la cuarta parte de los votantes de la región, obtuvo el 53% de sus votos en la región, llegando al 15.59% de los votos del municipio.

En la región del Yuna el PLD obtuvo 24.56% de los votos en los municipios de La Romana y San Pedro, sin embargo, sólo alcanzó el 14.73% en la región. El PRD obtuvo en esos dos municipios el 55.88% de los votos, siendo la zona de más baja votación reformista de todo el país.

Finalmente, tomando los municipios de las 5 mayores ciudades del país nos encontramos con los siguientes datos: en los municipios de las cinco mayores ciudades del país ganó el PRD. Tres de ellos (Santo Domingo, San Pedro y La Romana) están entre los cinco municipios de mayor votación perredeísta. De los cinco el que más baja votación peledéista obtuvo fue San Francisco de Macorís (9.47%) debido a que fue el municipio de todo el país que tuvo más alta votación de izquierda.

Una mención especial merece el municipio de Bajos de Haina, la décimoquinta ciudad del país. Fue el municipio con más alta votación perredeísta (60.08%) y el sexto en votación peledéista (14.51%). El reformista sólo obtuvo 21.52% en esta ciudad eminentemente obrera.

Tomenos ahora una perspectiva histórica. Veamos las elecciones

en las que han participado el Reformista y el PRD (1966, 1978 y 1982), para ver en cuáles provincias ganó el PRD:

CUADRO 7
Provincias en las que Ganó el PRD (1966, 1978, 1982)

REGION	PROVINCIA	1966	1978	1982
CIBAO CENTRAL	Santiago		x	
	La Vega		x	
	Puerto Plata			
	Españat		x	
CIBAO ORIENTAL	Sánchez Ramírez		x	
	Salcedo		x	
	Duarte		x	x
	Ma. Trinidad Sánchez		x	x
	Samaná		-	
CIBAO OCCIDENTAL	Valverde			x
	Monte Cristi			x
	Santiago Rodríguez			
	Dajabón			x
ENRIQUILLO	Barahona	x	x	x
	Baoruco		x	x
	Independencia			x
	Pedernales	x		x
VALLE DE SAN JUAN	Azua			x
	San Juan			
	Elías Piña			
VALDESIA	Distrito Nacional	x	x	x
	San Cristóbal			x
	Peravia		x	x
YUNA	San Pedro de Macorís	x	x	x
	El Seibo		x	x
	La Romana	x	x	x
	La Altagracia		x	x

Fuente: Campillo, Elecciones Dominicanas.

Este cuadro nos muestra que la zona fuerte de influencia del PRD es el sur, donde predominan la cultura moderna y la cultura de la pobreza (Cfr. CIAS p. 15 a 25) mientras el baluarte reformista está en el Cibao y el valle de San Juan, sobre todo en las zonas rurales donde predomina la cultura tradicional.

Sin embargo, algo que es importante anotar. Si bien es verdad que en la región del Cibao hay menos tradición perredeísta, tampoco podemos exagerar el impacto de la modernización en esta región. En la zona del Cibao Central lo que se muestra es la rapidez del incipiente proceso de modernización. En efecto, en 1982 más que una vuelta al reformismo en esta zona se da un paso hacia el PLD. Veamos este proceso en el siguiente cuadro:

CUADRO 8
Comparación de la Votación Cibaeña en 1978 y 1982
(En %)

PROVINCIA	PRD 1978	PRD 1982	PR 1978	PR 1982	PRD+PLD 1982	PLD 1982
Españolat	54.63	39.66	38.54	41.09	52.10	12.44
La Vega	55.45	42.29	43.23	41.84	51.48	9.19
Puerto Plata	38.60	37.13	56.04	49.58	46.25	9.12
Santiago	51.66	37.43	41.82	39.42	54.64	17.21
Duarte	51.05	46.43	42.21	40.13	53.00	6.57
María T. Sánchez	48.79	50.44	47.51	43.53	53.85	3.41
Salcedo	52.69	42.00	39.44	42.95	50.16	8.16
Samaná	37.41	44.04	58.94	49.61	46.31	2.27
Sánchez Ramírez	49.25	47.64	46.62	47.26	50.23	2.59
Dajabón	39.90	47.72	56.13	45.06	50.80	3.08
Monte Cristi	46.01	51.17	49.23	41.19	55.19	4.02
Santiago Rodríguez	43.73	40.96	50.39	44.28	44.98	10.10
Valverde	20.56	45.98	68.69	42.94	51.84	5.86

Fuente: Campillo, Elecciones Dominicanas.

Observemos primero los datos de 1982. Si combinamos los datos del PRD y el PLD el reformista sólo gana en Puerto Plata y Samaná

que suman sólo el 13.18% de los votos de la región. En las provincias donde ganó el reformista el margen tiende a ser muy pequeño y la votación del PLD relativamente alta. Por ejemplo: en Espaillat la ventaja es de 1.43% y el PLD tiene 12.44%; en Santiago es de 1.99% y el PLD tiene 17.21%; en Salcedo el margen es de 0.95% y el PLD alcanza 8.16%; en Santiago Rodríguez la ventaja es mayor, 3.32%, pero el PLD logra un 10.10%. La excepción son Puerto Plata y Samaná.

En 1978 ya el PRD había ganado en las zonas urbanas de 24 provincias, mientras el reformista lo superó en las zonas urbanas de 21 provincias (del Castillo, 1982 pág. 85).

Comparando los datos de 1978 y 1982, el PRD subió su porcentaje en cinco provincias (M.T. Sánchez, Samaná, Dajabón, Monte Cristi y Valverde). El Reformista sólo subió en tres (Espaillat, Salcedo y Sánchez Ramírez). La provincia en que más subió fue Salcedo (3.51%), crecimiento muy inferior al del PRD en Valverde (25.42%), Dajabón (7.82%), Samaná (6.63%) y Monte Cristi (5.16%). De forma que el aumento de provincias ganadas por el reformismo no se debió a un crecimiento de este partido sino a una fuga de votos del PRD al PLD.

Indicábamos más arriba que la clase social es otro factor importante en el condicionamiento cultural del voto. Aunque la clase social está relacionada con la tecnología en cuanto ésta define el modo de producción, su elemento fundamental es la propiedad. En la composición social dominicana encontramos la imbricación de dos modos de producción: el capitalista y el precapitalista, en el que perviven formas de organizar la producción previas a la revolución industrial. Esta pervivencia de formas arcaicas de organizar la producción es característica del subdesarrollo dependiente así como el crecimiento desproporcionado de la sobrepoblación relativa. El desarrollo del capitalismo dependiente provoca, por otro lado, el rápido ascenso de una pequeña burguesía tecnocrática gracias a su dominio de la tecnología importada.

Es difícil determinar por quién ha votado cada clase social. Las encuestas de opinión parecen poco confiables. Al votar no se especifica la clase social del votante y la zona en que se deposita el voto no necesariamente define la clase social. Sin embargo, hay algunos datos que nos pueden servir como indicadores.

La encuesta realizada por Julio Cross nos dice que las clases bajas tienen una mayor disposición a votar (97.3%) que las medias (71.3%) o las altas (59.5%). (Cross p. 111). Hay diversos elementos que permiten explicar esta diferencia. Por una parte las clases populares son las más interesadas en producir cambios sociales y las que más fácilmente se entusiasman con los procesos electorales

como vías de cambio, ya sea éste concebido individual o colectivo. Esto se debe a que no ven otros recursos a mano para producir los cambios, a su escaso dominio de los datos necesarios para un análisis más crítico y a que están más imbuidas por la ideología de la obligatoriedad del voto. Son ellos los "clientes políticos" por excelencia de los partidos.

Entre las clases populares primará el candidato o caudillo sobre el programa o la ideología del partido. El menor grado de educación formal impide poder estudiar a fondo ideologías o programas. La expansión de la educación va cambiando este elemento. En general los partidos son conscientes de esta dificultad y por eso ponen más énfasis en la campaña del candidato que en la presentación de la ideología, o en las promesas más que en los programas. Este mismo factor educativo produce un menor grado de abstracción al determinar la filiación concreta. Las expectativas son muy concretas y locales, o aun individuales, como una casa o un empleo. Las adhesiones están personificadas en los caciques políticos locales o en las figuras de los caudillos. Su propia condición socioeconómica impone el inmediatismo a sus demandas. La debilidad de la organización popular hace que sea una masa poco consciente de su poder y sus derechos y su vínculo organizativo es, cuando existe, a través de su afiliación a uno de los partidos mayoritarios. Julio Cross habla a este respecto del peso de la cultura tradicional en el sistema político dominicano:

El sistema político dominicano es esencialmente formal en sus modos de organización de acuerdo a los supuestos del sistema democrático, pero esencialmente informal en sus maneras operativas, reguladas de acuerdo a los supuestos del sistema patrimonial, uno de cuyos rasgos distintivos es el autoritarismo, en cuanto es una manifestación del uso del poder, aunque no necesariamente opuesto a la democracia formal (p. 48).

Esta situación es cualitativamente modificada cuando aparecen organizaciones gremiales, estudiantiles, barriales, campesinas, eclesiales o de otro tipo que incorporen a una estructura estable de participación y poder popular. Pero esta excepción cubre todavía sólo una minoría de la población.

Nos encontramos, pues, ante una multitud que es movida por el juego de promesas y expectativas principalmente de carácter individual. Su grado de incorporación a la modernidad determinará su encaje con modelos asistencialistas o populistas. Aquellos que tienen un nexo más fuerte y estable con el sistema capitalista por su trabajo, educación, consumo o ubicación geográfica tenderán a responder al populismo. En este grupo debemos incluir los semiproletarios urbanos y la sobrepoblación relativa de las ciudades (o marginados).

Aquellos cuyo nexo moderno-capitalista sea más débil tenderán a convertirse en clientela del asistencialismo tradicional, cuya otra cara de la moneda es el autoritarismo represivo.

En este punto es importante recalcar dos elementos:

1. Se ha dado un rápido proceso de cambio experimentado por el país al introducir la tecnología moderna y las relaciones capitalistas de producción aun en áreas de agricultura tradicional, al extender el alcance de la educación, las comunicaciones y el contacto con la cultura urbana e incluso extranjera. En este último elemento tienen mucho que ver el auge del turismo, de la emigración interna y externa, la expansión de los medios de comunicación social y la incorporación de la mujer a la educación y la producción. También han influido la extensión de la organización y educación popular informal, en las que ha tenido un gran papel la Iglesia. El resultado político de este conjunto de factores es que zonas y grupos sociales tradicionalmente reformistas comienzan a distanciarse de esta opción.

2. Hay circunstancias que modifican estas tendencias. En el momento presente la crisis económica constituye la más significativa. En número creciente estos sectores, agobiados por la crisis, comienzan a añorar tiempos pasados o a buscar salidas individuales que traicionan sus expectativas colectivas, que perciben como inalcanzables. La desesperación conduce a la renuncia de los principios normativos de la conducta para seguir el modelo de "sálvese quien pueda" que justifica cualquier acción. Por otro lado, la visualización del propio futuro en "los países" lleva al desentendimiento del proceso nacional. Los cambios atribuidos al proceso de modernización justifican el abandono de los valores y patrones de conducta tradicionales, pero el hecho de que la modernización se dé más a nivel de consumo que de producción entorpece el desarrollo de una ética de la modernidad. Esta "debaque moral" impulsa a muchos sectores a la búsqueda del pasado como forma de recuperación del orden social.

Pero al mismo tiempo aumenta el número de los que perciben la situación como la caducidad de los modelos conocidos y entran en búsqueda de una alternativa socio-política. La izquierda no ha sabido o no ha podido recoger este movimiento, que ha incrementado las filas del PLD. Este grupo se nutre de aquellos que han entrado con más intensidad en la cultura de la modernidad: por su trabajo (obreros estables y especializados, pequeños burgueses técnicos o profesionales); o por su educación (el creciente número de los que entran al bachillerato, los estudios técnicos o universitarios o entran en procesos de educación informal); o por su organización (partidaria, gremial, eclesial, barrial, campesina, etc.). Si miramos a las

zonas de influencia del PLD en las elecciones pasadas las encontramos allí donde uno de estos elementos creció. Puede preverse que en las próximas elecciones esta tendencia continuará. En ese sentido es interesante notar el 14.51% de votos obtenidos por el PLD en el municipio de Bajos de Haina, de fuerte incidencia obrera. Sin embargo, en los barrios más marginados de la ciudad de Santo Domingo, la votación del PLD fue inferior a su promedio en el Distrito Nacional mientras el PRD alcanzaba una altísima votación.

El deterioro del PRD por su fracaso en hacer frente a la crisis económica y por sus luchas intestinas se hará sentir en favor de los otros partidos o como una mayor abstención. Pero el avance de este proceso de modernización y conciencia socio-política permite prever un crecimiento del PLD, sobre todo en las zonas urbanas. Sin embargo, el proceso no es tan fuerte que no pueda ser significativamente modificado por elementos coyunturales o por aciertos de determinada campaña política.

Sería un engaño pensar que la crisis ha llegado a cuestionar el sistema democrático liberal. Lo más que ha llegado es a cuestionar, en un sector cada vez más amplio de la población, la validez de las alternativas tradicionales dentro del sistema democrático-liberal. Por otra parte la crisis ha aumentado el temor de los sectores de poder y, por tanto, su deseo de participación directa y agresiva en el asunto político.

CONCLUSION

Este artículo ha querido formular una hipótesis fundamental que establece la relación entre cultura y opción política. Hemos querido mostrar cómo las mismas variables que afectan la cultura afectan la opción política. Nos hemos centrado en dos variables fundamentales que son la modernidad y la clase social. Hemos abierto el esquema a otras variables (elementos coyunturales, campaña electoral, líderes locales, etc.) que pueden modificar esta relación. Hemos tratado de sustentar la hipótesis con datos de elecciones pasadas y estudios previos. No nos atrevemos a predecir más allá de ciertos movimientos tendenciales. Las elecciones del 86 servirán para fortalecer o debilitar nuestra hipótesis.

No hemos hecho un análisis de los partidos, sino de su clientela política y de cómo ésta los percibe.

BIBLIOGRAFIA

- Albuquerque, Rafael. "Personalismo, Caudillismo y Democracia". *Forum* 2, Santo Domingo, 1982, p. 41-65.

- Brea Franco, Julio. **Introducción al Proceso Electoral Dominicano**. Siboney, Santo Domingo, 1984.
- Brito García, Luis. "Cultura, Contracultura y Marginalidad" **Nueva Sociedad**, 73, 1984, p. 38-47.
- Campillo Pérez, Julio G. **Elecciones Dominicanas**. Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1982.
- Castillo, José del. **Ensayos de Sociología Dominicana**. Siboney, Santo Domingo, 1981.
- _____. "El Proceso Electoral Contemporáneo en la R.D." **Forum** 2, Santo Domingo, 1982.
- Catrain, Pedro y José Oviedo. **Estado y Crisis Política (República Dominicana 1980)**. Alfa y Omega, Santo Domingo, 1981.
- CIAS. **Survey República Dominicana**. Santo Domingo, mimeo 1969.
- Cross Beras, Julio A. **Cultura Política Dominicana**. INTEC, Santo Domingo, 1985.
- Ediciones Populares. **Enciclopedia Política Dominicana**. Ediciones Populares, Santo Domingo, 1982.
- Latorre, Eduardo. **Política Dominicana Contemporánea**. INTEC, Santo Domingo, 1975.
- Mires, Fernando. "Cultura y Democracia". **Nueva Sociedad** 73, 1984, p. 56-64.
- Moreno Ceballos, Nelson. **El Estado Dominicano. Origen, Evolución y su Forma Actual, 1844-1982**. Punto y Aparte, Santo Domingo, 1983.
- Oficina Nacional de Estadística. **La República Dominicana en Cifras 1983**. ONE, Vol. X, Santo Domingo, 1983.
- Ramírez, Nelson, A. Tatis y D. Germán. **Población y Mano de Obra en la República Dominicana**. Instituto de Estudios de Población y Desarrollo, Boletín 2, Santo Domingo, 1982.
- Weber, Max. **Economía y Sociedad**. Fondo de Cultura Económica, México, 1965.



Instrucciones
para votar

1. Insertar el voto
2. en el slot
3. o en el slot de
la urna

